

# Mario Muchnik

## Ajuste de cuentas



El Aleph Editores

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

© Mario Muchnik, 2013

Primera edición: noviembre de 2013

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.,

El Aleph Editores,

Pedro i Pons 9-11, 11ª pta, 08034-Barcelona

[correu@grup62.com](mailto:correu@grup62.com)

[www.grup62.com](http://www.grup62.com)

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Limpergraf

Depósito legal: B-24011-2013

ISBN: 978-84-15325-66-6

## PARÁBOLA



Natasha solía ducharse cada mañana con la ventana abierta. Desde la ducha podía ver, a lo lejos, alguna cúpula del Kremlin y una de las esquinas de la Lubianka. Era su costumbre enjuagarse las axilas alzando un brazo después del otro, con la mano extendida. Con unos gemelos un comisario la vio desde la Lubianka y mandó advertirle de que el saludo fascista estaba prohibido. Se presentaron dos agentes en el domicilio de Natasha y le hicieron la advertencia. Le dijeron que el saludo fascista estaba prohibido, aun bajo la ducha.

Desde ese día, siempre con la ventana abierta, Natasha se enjuga las axilas alzando un brazo después del otro, con el puño cerrado.

## PRIMER AMOR

El «barrio Norte» de entonces aún conservaba rasgos de la vieja Buenos Aires. La calle Ayacucho hacia arriba, pasada Santa Fe, más allá de Las Heras, tenía la elegancia de una holgura sin alardeo. Más recogida al otro lado de Vicente López, habría preferido esconder el lujo ostentoso que se filtraba por las puertas cocheras de ciertas casas modernas cuando las señoras salían de compras. Pero de la cercana estafeta de correos emanaba el tufo característico de la administración pública expoliada desde siempre por los responsables del erario; un viejo café volcaba sobre el paseante el olor agrio de la caña y la leche hervida; una tintorería donde se planchaban cortinas de hilo europeo derramaba, al compás de un tango viejo, el hedor de los recalentados tanques de lavado. Sobre un alféizar, en una ochava de la que nadie habría podido expulsarlo salvo enfrentamiento a cuchillazos, un canillita exponía la prensa del día.

El tráfico en los alrededores era cualitativamente más o menos como el de hoy, si bien mechado por el ronco, ubicuo traqueteo de los tranvías, unas carrindangas destartadas de madera cuyo techo parecía seguir con cierta inde-

pendencia el movimiento del piso, vaivén que falseaba la escuadra de las ventanillas pero no, desde luego, la de los cristales, con lo que, intermitentemente, entre el vidrio y el marco descuajeringado aparecían y desaparecían ranuras triangulares por las que en invierno se filtraban ráfagas polares. No era insólito que el *trolley* —un asta larga articulada sobre el techo y terminada en una ruedecita acanalada encajada en el cable eléctrico que, varios metros por encima de la calzada, seguía el trayecto del tranvía— se zafara y así cortara la corriente. En esos casos, el contralor o guarda saltaba a la calzada, atrapaba el cabo que colgaba del extremo del *trolley* y, haciendo malabarrismos, contorsiones y ejercicios de puntería, volvía la ruedecita al cable y permitía proseguir la marcha. Todo ello tenía su gracia.

La Recoleta no era mucho más que un famoso cementerio; una o dos florerías al servicio de familiares y demás deudos; unas calles muy arboladas; dos ombúes y un gomero colosales de robustas raíces barrocas y ramas tan crecidas horizontalmente que requerían muletas; y un café —La Biela— en donde de vez en cuando se dejaba entrever un intelectual cultivando su celebridad. El Alvear Palace, el hotel más caro de América Latina; unos cuantos anticuarios; unas cuantas *boutiques*, apelativo reservado para la clientela de la alta burguesía cosmopolita, y una confitería finísima —Steinhauser, que perdió su prestigio cuando se dijo que era de alemanes pro nazis—, se mezclaban con una papelería humilde en la calle Guido, algún viejo almacén sin historias en Vicente López, una panadería fragante y el mercadito cerca de Las Heras que mandaba la compra a casa.

De Avenida Quintana hacia el río se extendía el «barrio Norte» propiamente dicho, residencia de grandes fa-

milias autobautizadas «patricias», una sucesión de mansiones señoriles de estilo francés con verjas infranqueables y ventanales raramente iluminados de noche. Este conjunto de *hôtels* desbordaba el «barrio Norte» y se diluía en los parques de Palermo «chico», tal vez la zona más bella de la ciudad, donde se atrincheraban las mayores fortunas del país, propietarias de buena parte del campo y, por ende, de la agricultura y la ganadería nacionales. Sus vínculos con el ejército no parecían ser vergonzantes. Al contrario, en los alrededores de Palermo existían recintos en donde la caballería practicaba la equitación bajo el lema «Cultivar el suelo es servir a la Patria», por muy ineficiente que pareciera la equitación, forma ociosa de cultivo. La diferencia de clase entre propietarios y servidores se autorretrataba en el contraste de los ropajes del peonaje, a menudo desprolijos uniformes de reclutas, con el atavío de los estancieros en *breeches* blancos muy elegantes, a veces el impecable uniforme de los oficiales. Es-





tos claros privilegios podían verse también en la exposición ganadera anual de la Sociedad Rural Argentina, «la Rural», donde un toro «campeón» podía subastarse en cien o doscientos mil dólares. Pese a la muchedumbre apretujada, los peones, subdivididos a su vez en clases —hombres de confianza, técnicos, encargados de cepillar y peinar crines— apenas se mezclaban —con la máxima obsecuencia y guardando las distancias— con los señoritos y señoritas de la aristocracia que, vestidos en Londres o en París y acompañados a veces por sus progenitores (que tenían la llave de la caja fuerte), iban tomando notas y fotografiando los rulos sedosos, los ojos desorbitados

y hasta los testículos hinchados, colgantes como alforjas, de los animales premiados.

Vivíamos a una cuadra de la Recoleta, en un primer piso muy cómodo. Las ventanas de la zona de recepción daban sobre las primeras ramas de los árboles de la calle, puede que tipas, por lo que no era insólito que palomas y gorriones, nuestros vecinos más impúdicos, nos visitaran para cantar o hacerse el amor sobre las anchas barandas de obra de nuestros balcones. Por la noche, la luz de los faroles proyectaba sobre las cortinas de *voile* color natural las sombras del ramaje, a la manera de un encuadre japonés de los que habla Eisenstein en *La forma del cine*, un libro que en ese tiempo saciaba mi curiosidad sin un norte definido. Solía leerlo en un mullido sillón de orejeras tapizado en gruesa tela floreada de colores apagados. El silencio reinaba en el salón por las tardes, la calle sin tráfico lo respetaba como una consigna. Una hora antes de la cena la literatura cedía el turno a la música, pero el silencio de fondo era el mismo. En la Buenos Aires del recién llegado peronismo el bullicio aún no se había desparramado más allá de la Plaza de Mayo en días de manifestación, o de las tiendas, los cines y las pizzerías del centro: centro de la ciudad o centros de los barrios; la ciudad era descomunal, y sus barrios, del tamaño de ciudades, tenían sus propios centros, alejados unos de otros. Fuera de esos centros de pugna por el trabajo o por el ocio, el desplazamiento del peatón podía ser el del *flâneur*.

Un *flâneur* no es un paseante *sensu stricto*. Cuando se flanea —«flanear» es un legítimo verbo intransitivo castellano, de uso poco frecuente— se le añade al paseo un componente de pérdida de tiempo, de ocio, de falta de rumbo fijo, infracción a la advertencia de

rigor: «No te entretengas por ahí». Vagabundear, callejear, se le parecen.

La dimensión de la ciudad impedía a sus habitantes terminar de conocerla. Había zonas de la capital de las que la mayor parte de los porteños había oído hablar sin jamás haberlas visitado. Cobraban rango de mito. Liniers, para los habitantes de Belgrano, era un lugar bastante más exótico que ciertas remotas capitales extranjeras, mientras que, para los habitantes de Liniers, Belgrano podría haber sido un barrio de Nueva York. En el «barrio Norte» era más conocido el Café de Flore, en el corazón de Saint-Germain-des-Près, que la arrabalera rotisería Primera Junta del barrio de Caballito, por mucho que el lechón asado y las empanadas que ésta mostraba en su escaparate conmovieran hasta a los más indiferentes. Dicho sea de paso, comer, en esa época —pero hoy es igual—, tenía el carácter de un rito. La mejor carne del mundo (y quien visitaba La Rural no lo dudaba) pasaba de la res al estómago humano en silencio, en un recogimiento devoto que no admitía distracción. En cualquier restaurante céntrico los comensales no alzaban la mirada del plato así llegara de afuera el ronquido de los tanques de otro pronunciamiento militar. Hacia mediodía la ciudad olía a carne asada, un efluvio sabroso que provenía no sólo de las cocinas sino de cualquier obra en construcción, donde los albañiles se apiñaban en torno a un fuego de brasas sobre el que, de una vieja parrilla, goteaba la grasa de una tira de asado.

El mercado central, conocido desde siempre como el Mercado de Abasto, tenía las dimensiones y la luz contrastada de las grandes catedrales europeas. Pero no la paz. Desde el alba iban llegando flotillas de camiones de los que regimientos de changadores descargaban tonela-

das de cebollas, tomates, papas, zapallos, una mercancía en cajones que se iban colocando ordenadamente en pilas en lugares predestinados. La impresión predominante era la de la abundancia.

Los camiones, como los colectivos de entonces, estaban «fileteados». El fileteado, una artesanía que, en 1975 y por razones misteriosas, se les prohibió a los colectivos de Buenos Aires, consistía en decorar la carrocería con volutas, letras, dibujos de muchos firuletes y colores vivos, con referencias directas y muy orgullosas a la familia, los orígenes o las virtudes del camionero, del vehículo o de la Virgen (religiosa o seglar) a la que estuviera dedicado. El Abasto estaba siempre circundado de fileteados ingeniosos, un paisaje carnavalesco que alegraba las calles.

Muchas veredas de Caballito, centro geográfico de Buenos Aires en cuya calle Picheuta habíamos vivido algunos años durante mi niñez, y de Flores, barrio lindante, estaban flanqueadas por enormes plátanos que, indolentes, dejaban caer en otoño sus hojas secas —cada hoja amplia como un abanico, dorada como el pan, frágil como una patata chip— para renovar a diario un colchón crujiente, ingrátido, que daba gusto patear. No era raro oír un piano titubeante, por la tarde, escalas o estudios de Czerny, o un vals de Chopin estropeado por la niña de la casa. El tráfico era escaso, salvo el de unas pocas arterias y venas —Rivadavia, Pedro Goyena— por las que se bamboleaban los tranvías y se abalanzaban sin miramientos los colectivos. Barrio adentro, vestigios de tiempos idos, subsistían algunas quintas arboladas, en ruina. Roberto Arlt lo había escrito: parecían implorar que no las demolicieran.

Cada tanto se alzaban chalets, pequeños y coquetos, o altivos, de varias plantas, todos ellos fuera de lugar y de tiempo, intercalados con las fincas de uno o dos pisos y azotea, como en casi toda la ciudad, no necesariamente modernas ni especialmente elegantes. Costumbre inmi-grada, cada casa barría, enjabonaba, frotaba, fregaba las baldosas de su tramo de vereda, y así a mediodía el barrio parecía un patio bien cuidado. En las azoteas la ropa recién lavada flameaba al sol: la fragancia del jabón Federal se mezclaba entonces con el aroma del asado a brasa lenta y de las verduras frescas hirviendo para el puchero.

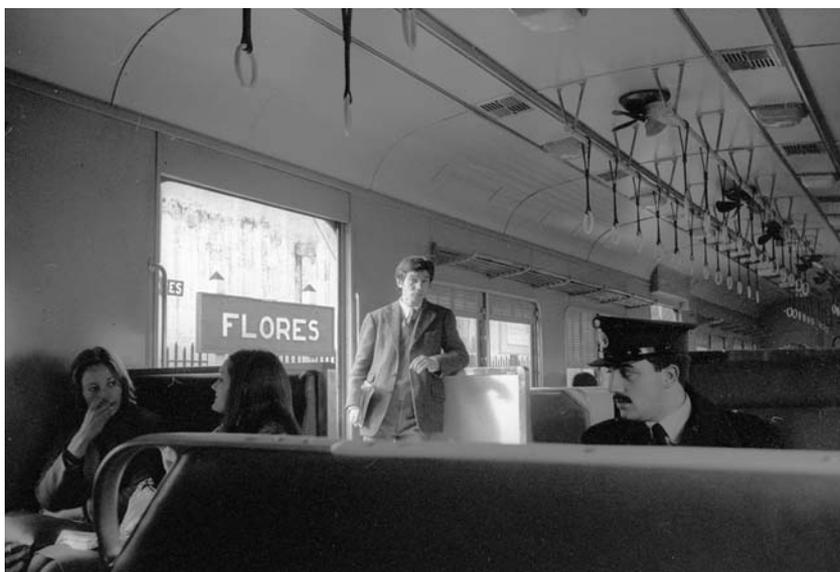
El asfalto existía, pero era privilegio de pocos. Las calzadas de casi toda la ciudad estaban adoquinadas. Eran adoquines más grandes que los de muchas capitales europeas, por consiguiente mucho más pesados. Habrían sido inofensivos en una revuelta como la de mayo del 68 en París, nadie habría podido lanzarlos muy lejos. El uso los había desgastado, tenían la superficie lisa. Pero la cara superior, ligeramente abombada, terminaba por sus cuatro lados en aristas romas que creaban hendeduras profundas entre adoquín y adoquín, lo que para el tráfico rodado se traducía en una trepidación que los choferes preferían evitar en salvaguarda de los amortiguadores. Para ello eran afectos a viajar con las cuatro ruedas calzadas sobre los rieles empotrados del tranvía, así la marcha era suave como la seda. Una vez viajé, sobre los rieles, en un colectivo enloquecido que le daba una y otra vez con el parachoques al sedán que tenía por delante, demasiado lento para su gusto, hasta hacerlo descarrilar, y así adelantársele. De noche los adoquines brillaban a la luz de los faroles, especialmente cuando llovía. El efecto era sumamente fotogénico, hablaba de la vieja Whitechapel de Jack el Destripador, de los románticos paisajes urbanos

de Montmartre, de la música gitana de una Europa central desaparecida. Hasta se decía que muchos adoquines habían llegado a Buenos Aires como lastre en cargueros europeos vacíos que venían por trigo.

Una ciudad de diecinueve kilómetros de diámetro es una invitación a flanear. De Recoleta al centro —Ayacucho, Guido, Talcahuano, Santa Fe, Plaza San Martín y de ahí Maipú al sur—, las vidrieras se hacían más interesantes, los precios aumentaban, la mirada no subía de la planta baja y la perspectiva urbana se iba difuminando; las veredas se iban estrechando hasta cerca de Corrientes, en donde no alcanzaban el metro de ancho y perdían así su función no sólo de barreras contra el tráfico sino de itinerario para flanear en pareja —imposible hacerlo del brazo sin dificultar la circulación del prójimo—. Culminación, Florida. Abierta al tráfico por las mañanas y peatonal por las tardes, invitaba a pasar sin solución de continuidad del olor de cuero fino de una zapatería de gran clase al perfume cursi, los brillos y los espejos de una peluquería para caballeros; de las vidrieras inmensas de una tienda de alfombras a las no menos vastas de una librería prestigiosa; del aroma penetrante del buen café a los efluvios del talco y los medicamentos de una farmacia célebre. La oscuridad afelpada de una casa de música o una galería de arte se armonizaba con las letras blancas sobre la negra felpa de la cartelera de noticias (constantemente actualizada) de un circunspecto diario matutino; un cine de noticiosos, dibujos animados y cortometrajes de turismo «para todos los públicos» compensaba otro de películas «no aptas» como *La mujer del panadero*, de Marcel Pagnol. Y la escala obligada era un cómodo sillón de cuero en un bar-confitería conocido por los delgados, crujientes sándwiches tostados de pavita que acompañaban

el té de las cinco. Corrientes: otra calidad. Caían los precios, fenómeno de masas; bares lácteos, joyerías-relojerías, dos enormes cines de estreno enfrentados, teatros de variedades sólo para mayores, el juego encandilante, aun de día, de los luminosos en justa, una confitería con orquesta de señoritas a partir de las siete de la tarde, sastre-rías populares, una sala donde daban películas soviéticas, restaurantes de trabajo, salones de lustrado; y había que sortear el obelisco y, jugándose la vida, el tráfico de la Avenida 9 de julio, «la más ancha del mundo», para, dejando atrás el sonido y la furia de la gran empresa, ya subiendo Libertad, bordear una plaza frondosa de tres manzanas sobre cuyo lado opuesto se alzaba el tremendo mausoleo de los Tribunales. Más arriba se rozaba el teatro Colón, imponente, adusto, inexorable; luego un templo mudo: altísima sinagoga; y, flaneando entre un gran





colegio secundario de aspecto más ministerial que educativo, algún café con billares, algún anticuario, alguna librería escolar, se llegaba a Cinco Esquinas, desde donde, por Avenida Quintana, se volvía a la Recoleta.

Transición de clase social: flanear desde la Recoleta, por Callao hasta Sarmiento, por Sarmiento hasta Pueyrredón y por Pueyrredón hasta Plaza Once, era dejar atrás la aristocracia y adentrarse en la vasta pequeña burguesía de viejos hoteles venidos a menos, grandes tiendas vencidas por la competencia, restaurantes de gloria carcomida, ferreterías, almacenes, mercerías que hacían, sí, su negocio, pero sin ínfulas, como aceptando su papel modesto en el producto interior bruto, camiserías de confección, pequeñas sastrerías o fábricas de impermeables, una que otra tienda de pacotilla, de pronto un cafetín conocido por su buena parrilla, una lechería conocida por sus bocadillos, el consultorio de un dentista, un club deportivo-cultural,



puestos de chocolatines en algunos zaguanes, un raro librero de ocasión (libros no viejos, sólo usados), una agencia de transportes, un *delicatessen* judío —y Plaza Once—. Plaza Once, rebautizada efímeramente Plaza Miserere para conmemorar su apelativo colonial, abarcaba dos manzanas y tenía entonces canteros, se la decía ajardinada «a la inglesa». Alguien decidió cubrirla de asfalto (o sería de pedregullo) y perdió todo interés. No así, en cambio, el subsuelo, en donde se podía transbordar, según la publicidad, «del subte al tren sin cambiar de andén», con lo que el viajero podía llegar en subte desde Plaza de Mayo y demás estaciones del centro hasta el subsuelo de Plaza Once y, sin cambiar de andén sino de tren, seguir viaje hasta las cercanías al oeste de la Capital. Comparado con el tren propiamente dicho, el subte parecía mucho más ágil. Los vagones, aunque ya contaban alguna década de servicio,



estaban como nuevos y no era molestia —más bien lo contrario— que despedieran un fuerte olor a transformador recalentado. En las paradas más céntricas y populosas había tenderetes donde se vendían libros baratos, novelas de aventuras o novelitas rosa, a menudo narrativa universal, ensayos muy reaccionarios cuando no pro nazis, como los de Hugo Wast y, especialmente, pasquines antisemitas como *Clarínada*.

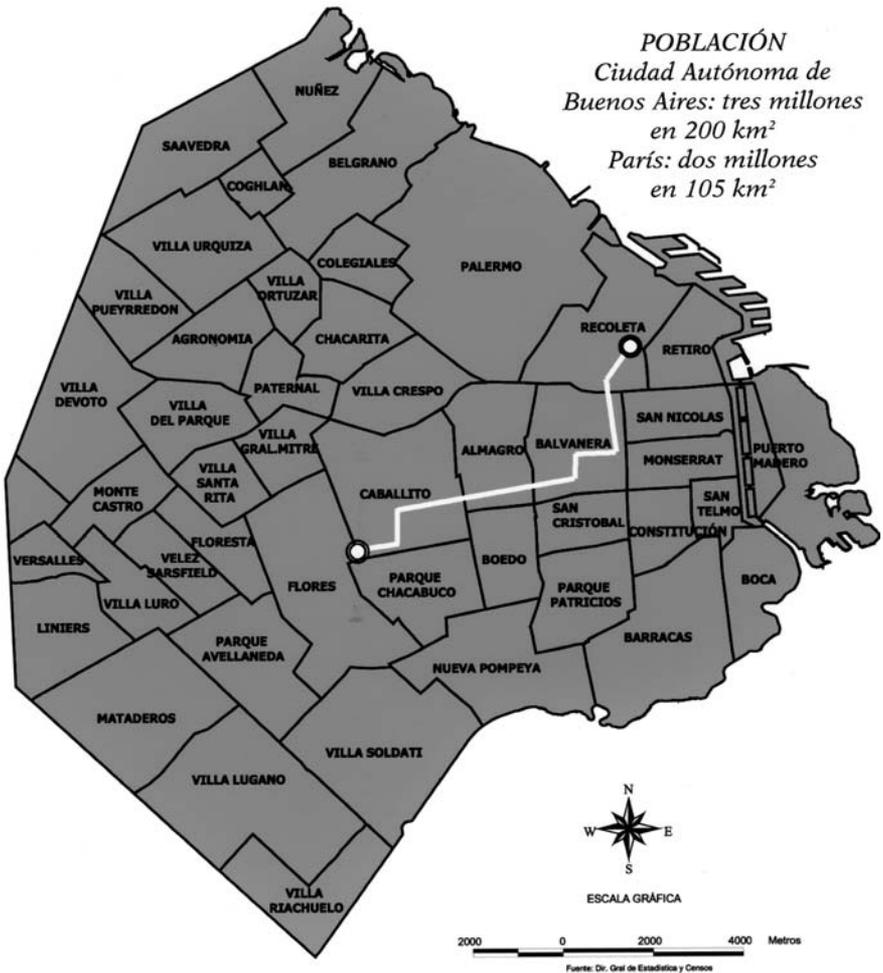
Se voceaba la última edición de un diario, maquinitas para afilar cuchillos o enhebrar agujas, billetes de lotería, betún para zapatos, ratoncitos de hojalata, tónicos para el cabello, quitamanchas. Y en los afiches un mar de eslóganes, ecos de los que aparecían en la prensa o se oían por la radio: No señor, no me callo, exijo aceite Gallo; Si quiere que ella lo quiera, aféitese con Legión Extranjera; Braudo, la sastrería del pantalón gratis; Casa Muñoz, donde un peso vale dos; El tiempo pasa y la ropa queda, si es de Roveda; Ginebra Bols: cada día una copita estimula y sienta bien; Los triunfadores del mañana estudian en academias Pitman; Los chicos piden a gritos medias Carlitos; Venga del aire o del sol, del vino o de la cerveza, cualquier dolor de cabeza se corta con un Geniol; Mejor mejora Mejoral; Casa Lamota, donde se viste Carlota. ¿Quién sería Carlota?

Misterios que se convertían en mitos antes de perder todo significado y volver a ser marcas registradas. En horas punta la muchedumbre llenaba el andén e inundaba los vagones con el convoy en marcha. El subte podía viajar con las puertas corredizas abiertas por las que asomaban partes vitales de los pasajeros, ajenos al peligro aun en los túneles. Arriesgarse formaba parte del alarde. Cuatro o cinco líneas de subte cubrían gran parte del área urbana. Las escaleras mecánicas no existían, quienes podían las subían o las bajaban de dos en dos, el ímpetu nacía no sólo de la urgencia sino del estilo, una suerte de imposición social que se relajaba, ya en la calle, y permitía volver a flanear, por San Martín, Cangallo, 25 de Mayo, Sarmiento y los estrechos cañones de «la city», el céntrico barrio de los bancos, murallas insalvables que, poderosas pero monótonas en su monocromía amenazadora, quitaban la respiración —hasta, Reconquista arriba, dar con Lavalle y en Lavalle, a partir de Florida, los cines—. ¿Cuántos, en cuatro cuadras: diez, veinte, más? En una ciudad casi sin teatro ni museos, quitando el fútbol sólo el cine de estreno y la música clásica concitaban un gentío devoto. Por la noche, ese gentío copaba la calzada. De hecho Lavalle se volvía peatonal, una vitrina maravillosa de estrellas —cowboys, indios, detectives, aviadores, enfermeras, reyes del hampa, mujeres fatales, vagabundos con bigotito— que no bien salían de los estudios de Hollywood desembarcaban en Buenos Aires en versión original subtitulada, con la categoría de estrenos mundiales. El nutrido público de los conciertos de nivel mundial en el Broadway o de ópera en el Colón se unía a la salida con la popular masa cinéfila que circulaba por las luces festivas de Lavalle, aunque los melómanos no iban en busca de una película, como los cinéfilos, sino de un buen restaurante en el que coronar la noche musical.

Nunca llegué a acumular en Buenos Aires el kilómetro requerido para que mi vagabundear (a veces en bicicleta) se convirtiese en flanear. Para eso hacen falta muchos años, y yo sólo dispuse de algo más de tres, de mediados de 1945 a fines de 1948. Pero la forma de una ciudad cambia más rápidamente que el corazón de un mortal, dice Baudelaire. Desde los balcones de mi casa, los de los gorriones y las palomas, pude ver en 1945 cómo la policía montada blandía sables enormes con los que daba soberanos planazos en las cabezas de los opositores al régimen militar, persiguiéndolos al galope hasta el primer zaguán abierto, el primer garaje, la primera boca de subte. Y, poco después de la victoria electoral de Perón de febrero de 1946, desde esos mismos balcones oí y vi por la noche las primeras patotas de «cabecitas negras» que desfilaban al alarido ronco de «Alpargatas sí, libros no». Año y medio después, a principios de mi época de migrañas, tuve mi primera novia. Nos besamos una medianoche en la puerta de su casa, sobre la avenida Pedro Goyena. Borracho de amor, ahí la dejé a la una de la mañana y emprendí, sin un centavo en el bolsillo, la larga marcha nocturna hasta mi casa, ocho kilómetros en las nubes siguiendo el itinerario de la página siguiente por calles desiertas, silenciosas, casi dos horas de caminata a la débil luz amarillenta de las farolas: Pedro Goyena, Picheuta, Primera Junta, Rivadavia, Plaza Once, Pueyrredón, Sarmiento, Ayacucho... algunos de los lugares por los que acabamos de flanear juntos.

La pregunta ahora es muy sencilla: ¿por qué no vuelvo? Muchos me preguntan si Buenos Aires no me gusta, y si es por eso que me fui. Mi respuesta, como acabamos de constatar juntos, resultó más bien larga. Ahora, si se trata de

*POBLACIÓN  
Ciudad Autónoma de  
Buenos Aires: tres millones  
en 200 km<sup>2</sup>  
París: dos millones  
en 105 km<sup>2</sup>*



←----- 19 km -----→

por qué no vuelvo... No hace mucho, un autor me propuso un proyecto de recopilación de entrevistas con emigrados, exiliados y refugiados argentinos residentes en el mundo, que debía titularse *Por qué me fui*. En su momento me interesó, aunque habría preferido algo más ambicioso que

no se limitara a los argentinos: por qué se fue un argentino de la Argentina, me parece, interesa sólo a los argentinos. El problema de fondo, sobre todo en estos tiempos de desplazamientos forzados, se ha convertido en un rasgo de la especie humana, y las razones subyacentes de toda expatriación, creo yo, han dejado de ser circunstanciales, coyunturales. Comprendo que, así encarado, el proyecto de mi autor habría podido resultar inabarcable en un libro. Mi contrapropuesta, hoy lo veo, habría debido ser un libro titulado *Por qué no vuelvo*. Aquí estaríamos hablando no ya de razones pasadas sino presentes, con lo que el libro, mucho más breve, cobraría un alcance más general y podría interesar, hasta cierto punto, a un público más amplio. Hace poco, otro autor, también argentino, me resumió en dos frases sus razones para no volver a su país. «No vuelvo —me dijo—, porque aquí, en España, estoy cerca de lo que me interesa: el arte, la cultura, la investigación que se hace en Europa. Además, lo que hago aquí me lo pagas mucho mejor que allí, con lo cual vivo mejor.» Es sencillo, concreto, no soslaya ninguna ambigüedad. Este ciudadano está mejor «aquí» que «allí». Punto.

Pero indagar en los porqués de la diferencia tampoco es cosa de pocas frases, aunque serían frases que se referirían a un aquí-ahora que tendría que ver con la España *de hoy*, la Europa *de hoy*, la Argentina *de hoy*, y poco que ver con el allí-entonces y las razones de «por qué me fui».

¿Por qué no vuelvo? A raíz de una propuesta de exposición de fotos que me hicieron hace un tiempo, he hurgado en mis archivos de negativos de cincuenta años y, en particular, en las alrededor de dos mil fotos que tomé en agosto de 1971 en Argentina. El viaje duró cuatro semanas, de las que una en Buenos Aires y tres de viaje en coche hasta el extremo norte del país. Fuimos Nicole, dos

amigos y yo, a Córdoba en avión, alquilamos un Chevrolet que ipso facto bautizamos «Paraíso perdido» y cuya antena era un inconfundible y retorcido aro de alambre, y recorrimos las provincias de La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, hasta no lejos de la frontera con Bolivia. No entraré en descripciones de algunos de los paisajes más bellos del mundo ni de algunas de las hermosas gentes que los pueblan. El viaje fue lo que fue, mientras que lo que me interesa aquí, ahora, es ese trabajo de remover dos mil viejos negativos. Es así como descubrí varias cosas. La primera, y la más interesante para mí, es que en mi caótica labor fotográfica —las fotos me llegaban a la cámara, yo no hice casi nada por buscarlas— fui recogiendo muchas imágenes más buenas de lo que me imaginaba. Las condiciones no siempre eran las mejores, mis dos Leicas eran viejas y habrían agradecido una buena limpieza de fábrica antes del viaje y, en fin, tratándose de algo parecido al turismo, pasé por alto muchísimos temas que



habrían merecido toda mi atención. Pero ¡cuántas buenas fotos tomé, qué pocas llegué a ver en las hojas de contacto y cuántas menos aun llegué a ampliar! Mi segundo descubrimiento tiene que ver más con el tema del que hablo: la injusticia social, las diferencias inmensas entre unos y otros, la injuria que representa la opulencia porteña frente a la pobreza de tierra adentro. Se desprende de mis fotos, sin querer, nada hice entonces por buscarlo. Y esto, sin más rodeos ni demoras, me lleva al tercer descubrimiento: la represión. En nuestro deambular automovilístico, cruzada apenas la frontera provincial de Tucumán a Jujuy, alguien nos aconsejó una visita a un ingenio —o fábrica de azúcar—. Lo visitamos, tomé dos carretes de fotos y seguimos viaje.

En el momento no recordaba de qué ingenio se trataba. Habían pasado casi cuatro décadas, yo miraba las fotos, recordaba el lugar, volvían a sorprenderme las altísimas murallas de ladrillo de la fábrica (de innegable raigambre



británica), las calles prolijamente trazadas y bien cuidadas, los obreros, humildes pero en general bien vestidos y calzados, la presencia de buenos coches y camionetas potentes y hasta un cartel en el que se anunciaba no sé qué película. Pero no lograba recordar el nombre del lugar. ¿De qué ingenio se trataba? En una de mis fotos aparece un microbús detenido en una parada, visto de frente. Lleva algo escrito en el cartel frontal, que no llego a leer. Amplió la foto (*léase* «Las babas del diablo», de Julio Cortázar y *véase*, de Michelangelo Antonioni, *Blowup*) y comienzo a distinguir las letras. Amplió más y finalmente leo: LEDESMA—LIBERTADOR. Libertador General San Martín se llamaba la pequeña ciudad cercana al ingenio. Y Ledesma... Lo volví a pensar... ¿no sería el ingenio Ledesma el que visitamos como turistas? Me dice algo... Ledesma... Y voy a Google. Sí, exactamente, era el ingenio Ledesma, confirmo el nombre y, de paso cañazo, me entero del horror. Cientos de documentos aparecen en pantalla, si uno le pide a Google simplemente «Ingenio Ledesma». Uno de esos documentos viene del diario *Página/12* del 17 de abril de 2005, y lo transcribo:

ENTRENADOR DE DÍA  
Y REPRESOR DE NOCHE

*Mientras se desempeñaba como técnico de Atlético Ledesma de Jujuy, este ex jugador de Atlanta, Newell's y San Martín de Tucumán, entre otros equipos, comandaba un grupo de tareas que secuestraba gente en Libertador General San Martín, bajo el ala protectora del ingenio azucarero Ledesma.*

Por Gustavo Veiga